

---

## LIBRO SEGUNDO.

---

Hasta aquí de los campos la cultura  
He cantado, y del cielo las estrellas.  
Ahora á ti cantaré, Baco, y contigo  
Los silvestres arbustos, y la prole  
De la tarda en crecer, plácida oliva.  
Ven, ¡oh Padre Leneo! De tus dones  
Todo aquí lleno está, todo te rie:  
Cargado con las dádivas de otoño  
Aquí el campo florece, y la vendimia  
Hierva, y sobre los bordes se derrama.  
¡Vén, oh Padre Leneo, y olvidando  
El severo coturno, vén conmigo  
En mosto nuevo á hundir los piés desnudos.

En modos diferentes, lo primero,  
Por virtud natural las plantas brotan.  
No de humanas industrias obligadas,  
Mas por sí vienen unas, y á lo largo



Campos invaden y errabundos rios:  
 Así el ligero mimbre, y las flexibles  
 Retamas; así el álamo, y el sauce  
 De verdicanas hojas coronado.  
 De yacentes semillas nacen otras:  
 Los castaños erguidos,  
 Y el ésculo. gigante de los bosques,  
 A Jove dedicado, y las encinas,  
 Cual oráculos ya de Grecia honradas.  
 Otras por la raíz se multiplican  
 En densa muchedumbre de renuevos:  
 Olmos, cerezos, y el laurel de Apolo,  
 Que tierno se alza á la materna sombra  
 Del tronco protector. Sábia Natura  
 Desde era inmemorial por modos tales  
 Al nacer de los árboles preside,  
 Cuantos la tierra pueblan,  
 Agrestes selvas y sagrados bosques.

Allende de esto hay árboles que trajo  
 Oficiosa experiencia á su servicio.  
 Uno en surcos renuevos deposita  
 Que á la cepa matriz su mano saca;  
 Otro ramas entierra,  
 Ya trozo herido en cruz, ya aguda estaca.  
 Tal árbol hay montés, que si rastros  
 Los vástagos le encorvas, toma creces,  
 Y gozoso propaga  
 Hijuelos vivos en su propia tierra.  
 No piden otros árboles raíces,  
 Y vióse al podador sembrar mil veces

Puntas de ramas, y brotar felices;  
 Y mil veces tambien (aunque imposible  
 Referido parezca) por pedazos  
 Plantóse un tronco, y germinar fué vista  
 La olivosa raíz del seco leño.  
 Y de un árbol los ramos,  
 El órden natural violando impunes,  
 En los de otro mudarse contemplamos:  
 Trocadas peras el manzano ingerto  
 Por suyas muestra, y al cornejo duro  
 Ves de ciruelas rojear cubierto.

¡Ea, pues, labradores! de esta suerte  
 Ásperos frutos suavizar es dado:  
 No las tierras dejéis en ocio inerte,  
 Estudiad de las plantas los cultivos:  
 Viñas cubran el Ísmaro sagrado,  
 El gran Taburno revestid de olivos.

Mas ya en piélagos abierto suelta el ala,  
 Y en la empresa que arrostro á darme aliento  
 Acude ¡oh tú, de mi pobreza gala,  
 Y por título justo, gran Mecénas,  
 Parte preciosa de la fama mial  
 No el emprendido asunto  
 En pobres versos apurar intento;  
 No si cien voces yo, si lenguas ciento  
 Tuviese, y férrea voz, lo intentaria.  
 Vén, y rayendo la vecina playa,  
 Tierra á tierra boguemos. Y no temas  
 Que yo cantando á entretenerme vaya



En largo exordio y fabulosos temas.

Arboles que en los montes  
 A gozar de la luz y de la vida,  
 Por sí mismos del suelo se levantan,  
 Frutos no ofrecen; mas en cambio bellos  
 Y valientes se ostentan, que Natura  
 Vivificó sus gérmenes. Y áun ellos,  
 Si con otros se ingertan por ventura  
 Ó en bien mullidas hoyas se trasplantan,  
 Depondrán sus selváticas maneras,  
 Y á fuerza de cultura y de cuidados,  
 Irán con giro dócil á los grados  
 De perfeccion á que llevarlos quieras.  
 Los que estériles yacen  
 En extremas raíces sustentados  
 Tambien prosperarán si se traspasan  
 A escampado plantel; que en mustia alfombra  
 Las hojas altas y maternos ramos  
 Con humillante sombra  
 El fruto impiden, ó al brotar le abrasan.  
 Suben con melancólica tardanza  
 Los árboles que nacen de simientes;  
 Al sembrador conceden la esperanza,  
 La sombra á sus remotos descendientes.  
 ¡Cuántas veces en ellos  
 Olvidando la fruta los süaves  
 Antiguos jugos, decaer la vimos!  
 ¡Cuántas veces la vid se dió á las aves  
 Villana presa en míseros racimos!

Así todos los árboles requieren  
 Labor constante, educadora mano  
 Que haga mercedes y tributos cobre.  
 Mas de rama mejor prende la oliva,  
 Y de mugron las vides  
 Mejor se extienden, y de estaca dura  
 Se alza el mirto gentil que en Páfos priva.  
 Plántanse de postura  
 El robusto avellano, el fresno ingente,  
 El tronco umbroso que corona á Alcides,  
 Y del Dios de Caonia las encinas,  
 Y el ardua palma, y el abeto osado  
 Que baja á ver el ponto y sus rüinas.  
 Tal vez ingerto el áspero madroño  
 Se viste de nogal; ni es caso extraño  
 Que manzanas el plátano infecundo  
 Hermosísimas rinda, ó del castaño  
 Ornato para sí las hayas tomen;  
 ¡Tanto el arte alcanzó! Silvestre fresno  
 Del peral con las flores encanece,  
 Y los cerdos tal vez bellotas comen  
 Que sacudido el olmo les ofrece.

Ni ya ingerir é inocular son uno;  
 Pues ó bien, donde en medio á la corteza,  
 La delgada película impeliendo  
 Brotan las yemas, en el nudo mismo  
 Harás breve incision, y allí la yema  
 Asentarás de otro árbol, con tal arte  
 Que al jugoso patron prospere unida;  
 Ó troncos lisos cortarás, y grieta



Honda con cuñas en el leño abriendo,  
 Fértil púa hincarás. No habrá pasado  
 Largo tiempo, y al cielo árbol ingente  
 Ya con ramos espléndidos se eleva,  
 De sus recientes frondas admirado  
 Y de los frutos que prestados lleva.

Natura misma variar de arreo  
 Concede á cada tipo: el olmo fuerte,  
 Y sauce, y loto, y el ciprés idéo,  
 No son todos doquiera de igual suerte.  
 También semblantes muda el pingüe olivo;  
 Que éste verás redondo, aquél picudo;  
 Otro la amarga Pausia rinde esquivo.  
 Libertad no menor en los manzanos  
 Hay, y en cuantos frutales  
 Cultivó en sus jardines Alcinoo:  
 Cuál árbol Sirias peras, ó Crustumias,  
 Cuál las Volemias brinda, al puño iguales.  
 Ni es una la vendimia  
 Que aquí de nuestros árboles pendiente  
 Orgullosa contemplo, y la que coge  
 De la Metimnia vid la lesbia gente.  
 Mira: pámpanos Tasios en ligera  
 Tierra se nutren, y en asiento fuerte  
 La alba vid Mareótica prospera:  
 Y la uva Psitia sazonado vino  
 Cela, herida del sol; miéntras la breve  
 Leporaria destila el jugo fino  
 Que enreda lengua y piés á quien lo bebe.  
 Tampoco á las purpúreas la voz mía,

Ni á vosotras, tempranas, callar debe.  
 ¡Mas con qué dignos versos osaría  
 Tu excelencia decir, Rética uva?  
 No tanta que á igualarse tu ambrosía  
 Con las riquezas de Falerno suba.  
 ¿Y qué la Amínea casta,  
 La de vinos que nunca desmerecen,  
 A quien el rico Tmolo y el Faneo,  
 Rey de viñedos, homenaje ofrecen?  
 ¿Qué la Argítis menor, con quien ninguna  
 En fluyente abundancia y larga vida  
 Osara competir? Prestar te veo,  
 Rodía, á los Dioses libaciones gratas  
 En medio del festín; y tú, Vacuna,  
 En hinchados racimos te dilatas.  
 Mas de vides y vinos  
 ¿Quién dirá las especies, quién los nombres?  
 Cuento no tienen, ni apreciarlo importa;  
 Que si inquirirlo esperas,  
 Las arenas también sabrás que á solas  
 El Céfito remueve entre bajíos  
 En el líbico mar; sabrás las olas  
 Que mueren en las jónicas riberas  
 Cuando el Euro sacude los navíos.

Mas no en todos los climas  
 Hacen todos los árboles morada:  
 Trata el sauce los ríos;  
 Ceñir densa laguna al olmo agrada;  
 Arraiga el fresno en escabrosas cimas;  
 El tejo el Bóreas ama, ama los fríos;



Gozosos mirtos en las playas crecen,  
 Y tus racimos, Baco,  
 Despejadas colinas apetedecen.  
 Mira el orbe en sus últimas regiones  
 Avasallado á la cultura; mira  
 Ya el Arabe y sus tiendas orientales,  
 Ya el pintado Gelono. Cada planta  
 En su alindado reino se levanta.  
 Sola el ébano negro la India envía;  
 De la gente Sabea  
 La vara es propia que el incienso cria.  
 Ni olvidará mi canto  
 El bálsamo divino que gotea  
 De los fragantes leños; ni las gomas  
 Del florecido, vividor acanto.  
 ¿O los bosques diré del Etiópe  
 Con suavísimas lanas blanquecinos,  
 Y cómo á sus florestas  
 Peinan los Seres los vellones finos?  
 ¿Diré las selvas que en su fértil seno  
 Con quien límites parte el Oceano,  
 Final region del mundo, India sustenta?  
 No hay recuerdo de flecha voladora  
 Que el tope de sus árboles sublime  
 Venciese disparada  
 (Ni secretos del arco el Indo ignora).  
 La de largo sabor é ingratos zumos  
 Vivificante cidra, el Medo exprime:  
 Antídoto entre todos soberano,  
 Ella acude y redime  
 Humanas vidas al letal veneno,

Si con hierbas y mágicas palabras  
 La copa emponzoñó madrastra impía.  
 Es el prócero cidro en su figura  
 Semejante al laurel; si no esparciera  
 Su privativo olor, laurel sería:  
 No lo desnuda el viento;  
 Tenaz la flor como las hojas dura;  
 Quita á las bocas enfermizo aliento,  
 Ancianos pechos de fatigas cura.

Mas no los Medos con sus selvas ricos,  
 No el Gánjes bello, y turbio el Hermo de oro.  
 No Bactria, no los Indos, no Pancaya  
 Con arenas de incienso envanecida,  
 Osen á Italia disputar sus glorias:  
 Italia, á quien el seno  
 No con la reja revolvieron toros  
 Que por la ancha nariz llamas despiden  
 Y á dientes de dragon la tierra mullen;  
 Miés de guerreros no espigó sus campos  
 Con duros yelmos y apretadas picas:  
 No; mas ¿ves cuál abunda  
 En llenas mieses y suaves vinos,  
 Cuál olivos la alegran y rebaños?  
 Allá erguido campea  
 El guerrero corcel: acá, bañadas  
 Frecuentes veces en tu sacro rio,  
 Miro albas reses, y el fornido toro,  
 Cabeza de las víctimas, Clitumno,  
 Que romanas conquistas  
 Condujeron en triunfo al Capitolio.



Eterna, primavera, aquí floreces;  
 Mitiga ajenos tiempos el estío;  
 Dos veces cada un año  
 Prole anuncian las hembras del rebaño;  
 Y da sus pomas el frutal dos veces.  
 No aquí rabiosos tigres, de leones  
 La raza maldecida aquí no prueba;  
 Ni vegetal ponzoña, al que en el campo  
 Hierbas cogiendo va, traidora engaña;  
 No rastrera en enormes vueltas gira,  
 Ni en tanto espacio como en lueñas tierras  
 Cierra la sierpe su escamosa espira.

Contempla luégo, y mira  
 Tanta egregia ciudad, tanta obra insignic;  
 Tantos castillos, fábrica del hombre,  
 Acumulada piedra sobre piedra,  
 Que dan temor; y las corrientes aguas  
 Que viejos muros sojuzgadas lamen.  
 ¿Ó el mar diré que á un lado y á otro lado  
 La Patria ciñe? ¿Tantos lagos bellos?  
 ¿A ti, príncipe entre ellos,  
 Lario, ó á tí, que al férvido Oceano  
 En olas y fragor, Benacio, copias?  
 ¿O cantaré los diques, del Lucrino  
 Las allegadas moles; y el furioso  
 Rugir del mar, por donde la onda Julia  
 Léjos retumba al ímpetu del ponto,  
 Y el Tirreno agitado  
 Hierve, y las fauces del Averno invade?  
 Tierra en todo fecunda,

Venas de argento y cobre Italia encierra,  
 Y en oro bullidor su seno abunda.  
 Y ella hijos fuertes á sus pechos cria:  
 Los Marsos, las sabélicas legiones,  
 El sufrido Ligur, el Volsco armado  
 De dardo invicto; Marios ella y Decios  
 Brota, grandes Camilos, Escipiones  
 Nacidos á la guerra; y madre es tuya,  
 Oh César soberano!  
 Que hoy triunfante en las últimas regiones  
 Del Asia, haces que el Indo tiemble, y huya  
 De las almenas del poder romano.  
 ¡Salve, madre feliz, de mieses rica,  
 Rica en hombres de pro, Saturnia tierra!  
 Salve! En tu honor mi voz y mi deseo  
 A las artes agrícolas levanto  
 Que celebraron las antiguas gentes;  
 El sello rompo de las sacras fuentes,  
 Y las lecciones del anciano ascreo  
 Por las romanas poblaciones canto.

De los terrenos ya las condiciones,  
 La fuerza, el modo, la color veamos  
 Que cuadran á sus várias producciones.  
 Tierras ingratas, ásperas colinas  
 Donde estéril arcilla y piedras yacen  
 En espinoso lecho,  
 A la oliva vivaz que ilustra Pálas,  
 Acogen, y en servirla se complacen.  
 Aquellas son donde de trecho en trecho  
 Acebuches hallares, y esparcido



El suelo vieres de silvestres bayas.  
 Mas tierras pingües, las de hinchado seno,  
 Que embeben dulce humor, y hierbas brotan,  
 Cuales solemos en los huecos valles  
 Que hacen los montes, contemplar, á donde  
 Arroyos de las cumbres desatados  
 El fertilizador légamo arrastran;  
 Campos que al Austro caen, y el helecho,  
 Al corvo arado aborrecible, crian,  
 Riquísimos viñedos  
 Cultivados darán. En campos tales  
 Crecen las uvas que el licor gotean  
 Con que el oro tal vez de nuestras copas  
 Teñir usamos, cuando á par del ara  
 Su flauta de marfil sopla el obeso  
 Etrusco; cuando vamos  
 Las entrañas de víctimas, que humean,  
 En fuentes á ofrendar que dobla el peso,  
 Luégo, si en tí el amor de los ganados  
 Mayores vence, y quieres tus novillos  
 O las cabras guiar y corderillos  
 Cuyos dientes agostan los sembrados,  
 Responderán los bosques y lejanas  
 Comarcas de Tarento á tus deseos;  
 Ó á campos vé cuales perdió infelice  
 Mantua inocente, la que cisnes nutre  
 Emulos de la nieve  
 En las herbosas orlas de su rio:  
 Allí aguas puras y abundoso pasto  
 Tendrá tu grey, y del verdor el gasto  
 En largos días, repondrálo, en breve

Callada noche, el gélido rocío.

Tierras negruzcas que fecundo seno,  
 Hondo entrando el arado, manifiestan,  
 Tierras muelles y fofas  
 (¿Ni qué más á imitar la reja aspira?)  
 Campo de trigos son. No de otro alguno  
 Tantos volver verás á la alquería  
 Carros tirados de calmosos bueyes.  
 Ni menor prez merece el suelo en donde  
 Reinaba bosque secular, y luégo  
 Vino el cultor, y con airadas manos  
 Postró la estéril pompa, y los antiguos  
 Palacios de las aves  
 Arrancó de raíz. Ellas dolientes  
 Alzanse huyendo en la region vacía.  
 ¿Qué ves? Campo de escombros. Ya la reja  
 De esperanza le viste y de alegría.  
 Ni á cascajosas cuevas  
 Que apénas á la abeja voladora  
 Humildes casias y romero ofrecen;  
 Ni á la tóba escabrosa, ni á la greda  
 Que negros roen los quelidros, pidas  
 Fruto jamás; mudas decir parecen:  
 «No hay campo que tambien como éste pueda  
 Dulce sustento dar, corvas guaridas  
 A las serpientes.» Tierra, en fin, que exhala  
 Tenue niebla, volátiles vapores,  
 Y humor bebe y le suelta si le place;  
 Tierra que de perpétua verde gala  
 Con no prestadas gramas se reviste,



Y á útil hierro no afea  
 Con salitroso orin ó moho triste,  
 Alegres vides tejerá á tus olmos,  
 O cubrirá de frutos tus olivas,  
 Y, propicia al ganado  
 Y dócil al arado,  
 Esclava la tendrás si la cultivas.  
 Tales los campos son de quien tributo  
 Capua recibe, que en riqueza abunda:  
 Tales los que al Vesabio mal seguros  
 Ciñen en torno, y los que Clanio inunda;  
 De Acerra infausto á los yermados muros.

Tiempo es ya que mi voz te enseñe el modo  
 De catar los terrenos. El que exploras  
 Mira si es grueso asaz ó tal vez flaco;  
 Que uno es propicio al pan, otro á las viñas;  
 Céres prefiere el denso; el flojo, Baco.  
 Sitio elija, ante todo,  
 Tu mirada sagaz: abrir ordena  
 Hondo un hoyo de sólida paredes,  
 Y en él vaciando cuanto de él sacares,  
 Tus piés igualen los rehenchidos bordes.  
 Que si te falta arena,  
 Tierra aquella es delgada,  
 Gimiento á la alma vid, pasto á las greyes;  
 Mas si ella misma á su nativo asiento  
 Volver repugna, y, la oquedad colmada,  
 Aun sobra, campo es grueso, do anunciarse  
 Terrones pingües ves y surcos dobles;  
 Arale ufano con robustos bueyes.

Tierra salobre y la que amarga nombran  
 No es para siembras adecuada. En balde  
 El arado á domarla probaria,  
 En ella sienten generosas vides  
 Su sangre empobrecerse; allí las pomas  
 Su fama pierden. Suelo tan menguado  
 Reconocer te es dado  
 Si del humoso campesino techo  
 Cestos de mimbres aprestados tomas  
 O coladeros de lagar: en ellos  
 Con la indiciada tierra  
 Mezcla á colmo agua dulce de una fuente:  
 El líquido impaciente  
 Huye, y los mimbres gruesas gotas bañan:  
 El paladar consulta: manifiesto  
 El amargo al sentido,  
 Triste hará al catador torcer el gesto.

Oye últimos indicios:  
 Tierra pingüe será la que se pega  
 A los dedos cual pez miéntras se estrega,  
 No así la que se escurre en polvo vano.  
 Hierbas la húmida cría  
 Altas, y en vicio engañoso abunda.  
 Ay! á los Cielos plega  
 Que en su brote primero, en demasía  
 No se me ostente mi heredad fecunda!  
 Si es tal tierra liviana ó grave, el peso  
 No tarda en descubrirlo; ojo avisado  
 Dirá si es prieta ó de color distinta.  
 Mas ¡cuán difícil es mostrar si un campo



Guarda malvado frio en sus entrañas!  
Sólo el pino silvestre y las negrales  
Hiedras, á veces, y nocivos tejos,  
Dan de tan triste condicion señales.

Ya el terreno explorado,  
Aun falta el campo apercibir; áun falta  
Con hoyas barrenar los grandes montes,  
Y mantener al Aquilon expuestos  
Los revueltos terrones, mucho ántes  
Que en el sitio adoptado  
La alegre tribu de las vides plantes.  
El de friable seno  
Es á las viñas óptimo terreno:  
Cuidan darle sazon vientos y heladas,  
Y el cavador robusto,  
Trastornando sus fértiles yugadas.  
Mas aquel labrador que de prudente  
Nunca el nombre desmiente,  
Nueva industria medita, y el terrazgo  
En que ordenadas traspondrá las vides,  
Semejante le elige al que primero  
Cual nativo las plantas ocuparon,  
Porque al tierno sarmiento  
No duela el cambio del materno asiento.  
Y hállase quien señale  
Del cielo la region, en la corteza  
Del árbol que traslada,  
Y, todos cual crecieron, orientada  
Esta parte al calor austral, aquella  
Al Septentrion mirando, fiel dispone.

Que hábil mano las leyes no atropella  
Que en años tiernos la costumbre impone.

Temprano considera  
Si debes en los cerros, ó en el llano,  
Colocar tu viduño. ¿Campo es grueso,  
Y pingüe tierra? Sembraráslo espeso;  
Que en trabado plantío  
No ménos liberal Baco prospera.  
¿Ó es desigual terreno en que se empina  
Una y otra colina?  
Siémbralo entónces con mayor holgura;  
Mas, á cordel los árboles plantando,  
Nunca los saques de la usual figura,  
Y á cerrarla concurra cada hilera.  
¿Quién vió tal vez cuando en marcial alarde  
A lid apercibida, sus cohortes  
Despliega una legion? Los combatientes  
En ordenadas haces se adelantan,  
Y el campo ocupan, que ondear parece  
Con el vivo lucir de los aceros:  
No ha estallado el conflicto; áun en silencio  
Marte indeciso por los cuadros vaga.  
Tus vides de esta suerte  
A iguales trechos pon en rectas calles;  
No tanto por la bella perspectiva  
Que al ánimo dará vano contento,  
Mas porque así la tierra equitativa  
Vitales jugos distribuye, y pueden  
Libres los ramos dilatarse al viento.



De los hoyos la hondura  
 Acaso aguardas que mi voz te diga.  
 La vid, somera yo sembrar no dudo:  
 Más profundo en la tierra  
 Y más secreto el árbol alto aferra;  
 Sobre todos el ésculo, que cuanto  
 El cielo hiere con su copa altiva,  
 Con raíz honda en el averno estriba,  
 Ni horrisona tormenta,  
 Ni lluvia impetuosa le derriba:  
 Él las generaciones de los hombres  
 Contempla renovarse, y victorioso  
 Ve los años pasar, los siglos cuenta:  
 A un lado y á otro lado  
 Sus brazos de gigante retorciendo,  
 En torno de su basa el campo escombra,  
 Y en su centro firmísimo asentado  
 La majestad sostiene de su sombra.

No miren á Occidente  
 Tus vides; avellanos no se pongan  
 Entre ellas; ni eminente  
 Sarmiento elijas, ni en la cima vayas  
 Las plantas á tomar, sino en lo bajo;  
 ¡Que el amor de la tierra tanto vale!  
 Con embotado hierro los pimpollos  
 No toques; y en tus vides  
 Troncos no mezcles de silvestre olivo;  
 Que á veces, descuidados los pastores,  
 Saltó lampo de fuego, que furtivo  
 En la pingüe corteza se cautela;

Y luégo más activo  
 Ciñe el tronco, á las altas hojas vuela,  
 Y á cielo abierto resplandece y brama:  
 Ya va de rama en rama  
 Triunfante, y la alta copa señorea;  
 Sobre el bosque de vides se derrama,  
 El resinoso pasto le embravece,  
 Y á la región vacía  
 Espesas nubes de su seno envía.  
 ¡Y qué, si la tormenta  
 Envuelve á los sembrados, y en sus alas  
 Al incendio recibe y lo acrecienta!  
 No el abrasado campo los felices  
 Sarmientos ornarán de nuevas galas;  
 Que, agostados los jugos y raíces,  
 Sólo, padron aciago,  
 El acebuche sus amargas hojas  
 Tiende infeliz sobre el comun estrago.

Nadie, áun sabio nuestro, te persuada  
 A remover la tierra  
 Cuando boreales soplos la endurecen:  
 Que el temporal la cierra  
 Entónces con el hielo, y la plantada  
 Simiente oprime, y la raíz no aferra.  
 Sazon propicia de sembrar las vides  
 Te dará la purpúrea primavera,  
 Cuando con blancas alas torna el ave  
 Que las largas culebras aborrecen;  
 Y del otoño los primeros frios,  
 Cuando, huyendo el verano,



Rápido el sol no toca todavía  
 Con sus corceles al hibierno cano.  
 Oh! cómo es dadivosa  
 La primavera á bosque y selva umbría!  
 A su influjo la tierra hinche su seno  
 Y á geniales semillas lo abre ansiosa:

El Éter, padre omnipotente, entónces  
 En lluvia fecundante  
 Baja al regazo de la alegre esposa;  
 Le envuelve el cuerpo inmenso, inmenso él mismo,  
 Y los principios de los séres cria.  
 Trinan en la floresta  
 Alados coros, y en preciso día  
 Juegos de amor renuevan los ganados.  
 El campo sus tesoros manifiesta,  
 Y el césped se desata  
 A los soplos del Céfiro templados;  
 Tierno humor en los prados se dilata.  
 Las flores sin recelo  
 Al nuevo sol esperan cortesano;  
 Y el pámpano del Austro soplo insano  
 No teme ya, ni que barriendo el cielo  
 En lluvia el aquilon súbito rompa;  
 Antes abre sus yemas, y despliega  
 Todo el alarde de su hojosa pompa.

No creo que otros los tempranos días  
 Fueran del universo, ni otra fuera  
 Su ley original: primaverales  
 Tiempos fueron; hermosa primavera

Señoreaba el mundo, á quien el Euro  
 No ofendía con hálitos glaciales,  
 Cuando la luz primera  
 Bebieron los ganados, cuando el hombre  
 Holló, férrea progenie, el duro suelo,  
 Y de fieras los montes se erizaron,  
 Y brillaron estrellas por el cielo.  
 Ni adelantado habría el orbe infante  
 Su desenvolvimiento laborioso,  
 Si no hubiese tan grande paz doquiera,  
 Y promediando la calor y el frio,  
 La divina piedad no le valiera.

Y luégo, cualesquiera  
 Plantones que en las hoyas estrechares,  
 Esparce abono fértil, y con mucha  
 Tierra los cubre, ó piedras absorbentes  
 En torno siembra y escamosas conchas;  
 En libre giro pasarán entre ellas  
 Líquidas aguas, hálitos sutiles,  
 Y así las plantas se alzarán más bellas  
 Cobrando oculta fuerza. Agricultores  
 Hay que con grave piedra y teja ingente  
 Arropan el mugron, ó por guardalle  
 Contra turbion intempestivo, ó cuando  
 Atormentada por el Can, su seno  
 Con anhelante sed abre la tierra.

Ya las cepas plantadas, atenciones  
 Tienes aún; que ó tierra á las raíces  
 Traerás constante, y tenderás la dura



Azada de dos dientes; ó moviendo  
 Bajo la hincada reja  
 El suelo, guiarás entre la viña  
 El paso torpe de rebeldes bueyes.  
 También de apercibir tiempo es entónces  
 Cañas pulidas y desnudas varas,  
 Y pértigas de fresno,  
 Y horquillas, en que empiece vid infante  
 Sus pasos á ensayar, desprecie al viento,  
 Y en difuso ornamento  
 A la cima del olmo se levante.

En sus primeros juveniles días  
 Indulgencia la vid pide y merece.  
 Miéntras fiado al aura que le mece  
 Ledo el pámpano ensaya  
 Su libertad, la podadera evite  
 Tu mano; y sola, cual la armó Natura,  
 Hojas superfluas arrancando vaya.  
 Recorta los cabellos, y los brazos  
 Hierre á la vid, cuando su lujo explaya  
 Ciñendo al olmo en arraigados lazos;  
 Ella ántes de eso la nociva fuerza  
 Teme del hierro: entónces, sólo entónces  
 Tu mano imperio riguroso ejerza,  
 Y sus ramos soberbios tenga á raya.

Ni retejér olvidés  
 Los setos; y defiende del ganado  
 La tierna hoja de nacientes vides.  
 A más de hielo duro y sol ardiente!

Embístenla tenaces  
 El uro agreste y vagabundas cabras;  
 La oveja misma y la voraz becerra  
 No la perdonan. Y en verdad, ni el frío  
 En albísima escarcha macizado,  
 Ni el ardor del estío  
 Que áridas rocas con su peso oprime,  
 Tanto daña á la vid como el ganado  
 Con la ponzoña de su duro diente,  
 Que en el tronco inocente  
 Funesta cicatriz, hincado, imprime.

No otra culpa se expía  
 Cuando se inmola en los altares todos  
 A Baco un macho de cabrío, y cuando  
 Vemos en los teatros celebrarse  
 Antiguos dramas; no con otro intento  
 En aldeas también y encrucijadas  
 Los hijos de Teseo  
 Con premios los ingenios convidaron,  
 Y entre el plácido estruendo de las copas  
 Sobre aceitados odres, en las muelles  
 Praderas, cabriolas ensayaron.  
 Los romanos colonos, de igual suerte,  
 Antigua raza que de Troya vino,  
 Riendo sin compas, rústicos versos  
 Improvisan; de cóncavas cortezas  
 Semblantes para sí toman horrendos;  
 Y en alegres canciones  
 Te invocan, Baco, y en tu honor suspenden  
 De los pinos erguidos



Tus móviles afables mascarillas.  
 Á su influjo el viñedo  
 Lozano ostenta sus adultos bríos,  
 Y huecos valles y profundos bosques  
 Rebecsan abundancia, y á doquiera  
 Que el Dios volver se digna el rostro ledo,  
 El campo brota y rie.  
 Cantemos, pues, de Baco los loores  
 En religiosa fiesta,  
 En los versos que niños aprendimos;  
 Con sacros panes y tempranas frutas  
 Coronemos su altar, y ante él parezca,  
 Llevado de los cuernos, escogido  
 Cabron, y en asadores de avellano  
 Pingües entrañas examine el fuego.

Otro esmero demanda  
 La cultivada vid; que es en las vides  
 Necesidad jamás bien satisfecha  
 Por asidua labor, tres, cuatro veces  
 Cada año el suelo abríles,  
 Y, vuelto el azadon, sin paz, sin tregua  
 Romperles los terrones, y el plantío  
 Aliviar de su hojosa pesadumbre.  
 Apénas acabadas, las faenas  
 Vuelven del labrador; sobre sus pasos  
 Siempre en círculo igual ruedan los dias.  
 Cuando, en fin, de la hoja  
 Ultima se despoja  
 La vid, y el verde honor del bosque umbrío  
 Sacude Bóreas frío,

Ya al año venidero  
 Próvido extiendes, labrador, tus miras,  
 Y de Saturno con el corvo diente  
 A la atreguada vid en sus raíces  
 Embistes, y podando, la compones.  
 Tú el primero la tierra cava, quema  
 Los sarmientos podados tú el primero,  
 Y lleva á la alquería  
 Tú el primero tambien, los rodrigones;  
 Y vendimia entre todos el postrero.  
 Dos veces á la vid sombras invaden,  
 Y dos veces al año  
 Hierbas le estrechan su espinoso sitio;  
 Y uno y otro apareja improbo empeño.  
 Alaba, pues, un campo grande; sólo  
 Cultiva uno pequeño.  
 ¿Qué más? La áspera rama  
 Del rusco, por el bosque; en la ribera  
 Córtase el junco que los ríos ama;  
 Y del sauce silvestre  
 El cuidado tus ocios ejercita.  
 Ya las vides atadas me figuro,  
 Y en paz la podadera,  
 Y de sus cuadros ya en la extrema hilera  
 Cansado el viñador alegre canta.  
 Solicitar la tierra todavía  
 Falta empero, y abrir las glebas duras;  
 Aun debes, por las uvas ya maduras,  
 De los aires temer mudanza impía.

Muy otro el sacro olivo,



Nada pide al cultivo,  
 Nada á la corva hoz, nada le debe  
 Al rastrillo tenaz, como ya en firme  
 Haya arraigado y vientos sobrelleve.  
 Si la azada la mueve.  
 La tierra suficiente jugo luégo  
 Ofrece al olivar; y si la reja,  
 Rico le pára de copiosos frutos:  
 Tal el árbol se nutre que agradables  
 Rinde á la Paz sus fértiles tributos.

Y todos los frutales,  
 Cuando sus troncos vigorosos sienten,  
 Y las fuerzas conocen que en sí llevan,  
 Con orgulloso brío, en muestra ufana,  
 A los astros se elevan,  
 No socorridos ya de industria humana.

En tanto la abundancia  
 Miro del bosque que sin trabas crece:  
 Cada rústica estancia  
 De las aves del cielo,  
 Con sangrientas frutillas se enrojece.  
 ¿Ves afeitar el cítiso las cabras?  
 ¿Las teas ves que el alta selva ofrece  
 Y á nocturnas hogueras alimento  
 Son, y á la ancha campaña lumbre amiga?  
 ¿Y á Natura oficiosa  
 Corresponder áun dudas, hombre lento,  
 Con tu parte de esfuerzo y de fatiga?  
 Callaré de los árboles mayores:

El sauce estéril, la retama humilde  
 Dan hoja á los ganados,  
 Dan sombra á los pastores,  
 Y seto á los sembrados,  
 Y pábulo á la miel. Y es gran delicia  
 Contemplar el Citorio  
 Que de bojes cubierto olas semeja,  
 Los resinosos bosques de Naricia,  
 Y campos que jamás violó la reja  
 Ni atormentó del hombre la codicia.  
 Aun las selvas, que estériles dijeras,  
 Que la cumbre del Cáucaso dominan,  
 En cuyo daño renovando embates  
 Indómitos los Euros se amotinan,  
 Múltiples elementos dan: en pinos  
 Tablas á los marinos  
 Brindan, y á los artífices de casas  
 En cedros y cipreses dan maderas.  
 De ahí el cultor para sus carros forma  
 Ruedas sin rayos, ó los rayos de ellas,  
 Y cóncavos costados á los barcos.  
 Tiende el sauce su vara  
 Profunsamente, su hoja el olmo ofrece,  
 Valiente astil el arrayan depara,  
 El cerezo á guerreros favorece,  
 Y dóblase, y en arcos  
 Itureos su forma el tejo trueca;  
 Y el boj, al torno dócil, y el liviano  
 Tilo mudan también la suya, y ceden  
 Al agudo cincel que los ahueca.  
 Al Pó lanzado el álamo ligero



En la undosa corriente sobrenada.  
 Y las doctas abejas sus enjambres  
 En las huecas cortezas y en el seno  
 Guardan tambien de una cascada encina.  
 ¿Hay algo que á estos dones, en la historia  
 De los dones de Baco se equipare?  
 Tú á crímenes á veces, Baco, incitas:  
 Tu influjo á par de muerte  
 Fué de Centauros á la ardida tropa,  
 Y á Folo, á Reto, á Hileo;  
 Hileo, que feroz á los Lapitas  
 Por ti amenaza con disforme copa.

¡Oh una y muchas veces venturosos  
 Los labradores, si estimar supiesen  
 Los bienes de que gozan! ¡Venturosos  
 Los que del seno de la madre tierra  
 Centuplicados los süaves frutos  
 En posesion pacífica reciben,  
 Léjos del ruido de civil discordia!  
 Palacios no hay allí que en pompa régia  
 Por sus pórticos todos desde el alba  
 A oleadas los áulicos derramen:  
 No la vista suspende  
 Incrustado dintel de conchas bellas:  
 Tampoco ricas telas y brocados,  
 O insignes bronces que Corinto envía:  
 Ni al limpio aceite allí vició la casia,  
 Ni fenicio veneno albos vellones.  
 En cambio paz segura,  
 Y un sabroso vivir libre de engaños

Y en la copia profuso de sus dones,  
 Tiene el agricultor. Aquella holgura  
 Y alma serenidad de la campaña,  
 Umbrosas espeluncas, vivos lagos,  
 El fresco valle y verde, los mugidos  
 Del perezoso buey, los apacibles  
 Sueños gozados bajo amenas sombras,  
 A su dicha no faltan. En el campo  
 Sobria, fuerte, á fatigas avezada  
 Verás la juventud. ¿Cazar te plugo?  
 Bosques tendrás, enmarañados bosques,  
 Fieras y grutas. ¿La virtud te guía?  
 Aquí verás la religion honrada,  
 Honrada la vejez. Cuando del suelo  
 Impuro se ausentaba la Justicia,  
 Dejó en los campos sus postreras huellas.

Antes que todo, aquellas  
 Más que nada en el mundo  
 Dulces al corazon, divinas Musas,  
 A quienes, de su culto sacerdote,  
 Con infinito anhelo amo y adoro,  
 Piadosas en su gremio me reciban.  
 Los caminos me enseñen  
 Del cielo, el voltear de las estrellas,  
 Las ausencias del Sol, las mutaciones  
 De la Luna; quién hace que de pronto  
 Trema la tierra; cuál oculta fuerza  
 Entumece y desborda  
 Sobre diques al mar; cómo él de nuevo  
 Torna en su lecho á reposar en calma;



Quién los soles de hibierno precipita  
 Impaciente en las olas de Oceano,  
 Y quién retarda las estivas noches.  
 Si no alcanzare mi talento humilde  
 Tan altas maravillas, y en mi pecho  
 Vital calor al entusiasmo falta,  
 Sin otra gloria que el amor tranquilo  
 Del campo, el campo buscaré y las selvas,  
 Selvas y valles, y encantados rios.  
 ¡Quién al Esperquio me llevara! Al centro  
 Llevadme del Taigeto, que frecuentan  
 Vírgenes de Laconia! Allá, á los frios  
 Valles del Hemo conducidme, y alta  
 Sombra me cerque de obsequiosos ramos!

¡Feliz aquel que las ocultas causas  
 Penetró de Natura, y sin cuidarse  
 De lo que traigan los futuros días,  
 Cual polvo vano los temores tristes  
 Huella, y los ecos de Aqueronte avaro!  
 ¡Feliz tambien aquel que sólo agrestes  
 Divinidades conoció: Silvano,  
 El añoso Silvano,  
 Pan, y la tribu de las ninfas bella!  
 No los fasces del pueblo, no le turba  
 La púrpura real; no los infieles  
 Hermanos que honda disension separa;  
 No el Daco, descendiendo de los rios  
 Que su salvaje juramento sellan;  
 No romanas empresas, no de imperics  
 Lejanos la rüina. Ni crüeles

Miserias ve que á compasion le inclinen,  
 Ni altivas pompas que á furor ó envidia.  
 Frutos con que de suyo  
 Los árboles le brindan y los campos,  
 Alcanza sin fatiga. Duras leyes  
 No conoció en sus días,  
 Públicas tablas ni agitado foro.

Otros bogando el remo  
 Hienden el mar, á las espadas corren,  
 Y de altos Reyes la mansion invaden.  
 Cuál ciudades destruye  
 Y pobres techos con el suelo iguala  
 Por reclinarse en púrpura de Tiro  
 Y beber (¡gran conquista!) en copa de oro;  
 Cuál riquezas sepulta, y azorado  
 Sobre ellas duerme. Quién absorto admira  
 Al popular tribuno;  
 Quién atónito escucha en el teatro  
 Aplausos qué á los próceres tributan  
 Patricios y plebeyos. O en la sangre  
 De sus hermanos con placer se lavan;  
 Y el que probó contraria á la fortuna,  
 Trueca á destierro el dulce hogar nativo  
 Y patria busca en los extraños climas.

Mas el cultivador con el arado  
 Corvo la tierra mueve: así comienza  
 Del año las prolíficas labores  
 Con que á la Patria nutre, y su familia  
 Sustenta, y sus ganados,



Y aquellas yuntas que tan bien le sirven.  
 Ni hay tregua ya; que exuberante el año  
 Pomas vierte, ó rebosa en nuevas crias;  
 Ó allega Céres sus manojos rubios,  
 O la abundancia en los sembrados ric,  
 Y las trojes rehinche y se derrama.  
 ¿Llega el hibierno? La preciosa oliva  
 Se exprime en el lagar; vuelven los cerdos  
 Repletos de bellota á la zahurda.  
 Madroños da la selva. Ya hace alarde  
 Otoño de sus bienes;  
 Y la dulce vendimia, al sol expuesta,  
 En escabrosas cimas se sazona.  
 Sus hijuelos en tanto  
 Cuélganse en torno á disputar sus besos:  
 Fe conyugal y honesto amor guarece  
 Su immaculado hogar. La mansa vaca  
 Para él dilata sus lecheras ubres;  
 Y en los herbosos prados,  
 Fieros ya de sus cuernos se acometen  
 Los bien medrados juguetones chivos.  
 Fiel las fiestas celebra: reclinados  
 Sobre la hierba, donde en medio brilla  
 El fuego del altar, sus compañeros  
 Cíenle en flores el colmado vaso,  
 Y él le empina en tu honor, ¡oh buen Leneo!  
 Premios allí propone á los pastores,  
 O ya en el olmo erguido el blanco fije  
 A donde asesten las veloces flechas,  
 Ó ya á rústica lucha aderezados  
 Desnudos muestren sus fornidos miembros;

### Los antiguos Sabinos

Tal manera de vida instituyeron;  
 Costumbres como aquéostas nos legaron  
 Rómulo y Remo; así la fuerte Etruria  
 Creció; así Roma levantó la frente,  
 Y de alcázares siete amurallada,  
 Del mundo apareció gentil señora.  
 Y aún ántes del reinado de Dicteo;  
 Antes que con novillos degollados  
 El hombre, ímpio linaje, sala hiciese,  
 Esta vida feliz vivió en la tierra  
 Saturno, padre de los siglos de oro.  
 No á impulso de aire resonar clarines  
 Entónces, ni crujir oyera el hombre  
 Puestas al duro yunque las espadas.

### Mas hemos recorrido

Campo inmenso; tiempo es que á los caballos  
 Soltemos ya los humeantes cuellos.